

LITERATURA MUNDIAL Y LITERATURA-MUNDO

Hacia una tipología de los sistemas literarios

La rúbrica de «literatura mundial» ha ido asumiendo en años recientes un papel destacado, quizá incluso dominante, en las discusiones sobre el futuro de la literatura comparativa, y de los estudios literarios más en general. Aunque de manera necesaria y automática las discusiones empiezan y terminan con el uso que Goethe da al término *Weltliteratur* en conversación con el joven Johann Peter Eckermann en enero de 1827¹, yo sostendría que un punto de origen más inmediato es el de Immanuel Wallerstein y, a través de él, Fernand Braudel. Wallerstein sitúa el desarrollo de la teoría de los sistemas-mundo en la década de 1970 y en los debates de las ciencias sociales contemporáneas referentes a la utilidad del Estado-nación como unidad de análisis adecuada. En lugar del Estado nación, Wallerstein y los analistas de los sistemas-mundo ofrecían el sistema histórico, y describían que han existido tres sistemas de este tipo: el minisistema del mundo premoderno, de ámbito geográficamente limitado; el imperio-mundo, como Roma o la China de la dinastía Han, «una gran estructura burocrática con un solo centro político y una división axial del trabajo, pero múltiples culturas»; y una economía-mundo, tal como la instalada en tiempos modernos, que es «una gran división axial del trabajo con múltiples centros políticos y múltiples culturas».

Wallerstein atribuye el uso que hace de la expresión «sistema-mundo» y de hecho «economía-mundo» al trabajo de Fernand Braudel sobre la *économie-monde* del Mediterráneo del siglo xvi. Para Wallerstein, la palabra «world» en las expresiones «world-economy» y «world-system» funciona como sustantivo en aposición al otro sustantivo de la expresión, y no como adjetivo que modifique a ese sustantivo, con un guión que marca la distinción². Este argumento forma una de las suposiciones tácitas que la mayoría de los escritores sobre literatura mundial han tomado de Wallerstein, a saber, que la literatura-mundo (por restaurar el guión que Wallerstein podría exigir) no es la suma total de la producción litera-

¹ Un análisis ilustrativo sobre Goethe y la *Weltliteratur* se puede encontrar en David Damrosch, *What is World Literature?*, Princeton, 2003, pp. 1-36.

² Immanuel Wallerstein, *World-Systems Analysis. An Introduction*, Durham (CN), 2004, pp. 15-16 y 98-99.

ria del mundo, sino por el contrario un sistema-mundo dentro del cual la literatura se produce y circula.

La otra suposición por la que los escritores sobre literatura-mundo están en deuda con Wallerstein es la de una división axial del trabajo. Este aspecto de la teoría de los sistemas-mundo está (como es comprensible) menos explícitamente respaldado por quienes escriben sobre la literatura-mundo, dado que recuerda al imperialismo y/o al capitalismo planetario contemporáneo. No obstante, los modelos presentados por Pascale Casanova y Franco Moretti asumen cierta forma de división axial del trabajo, en la que la primera reserva la obra de orden más elevado y de valor más elevado a las culturas del centro, y el segundo a los especialistas del centro dentro del campo del estudio literario (situados, naturalmente, dentro de los centros académicos de esas mismas culturas del núcleo). En ambos casos, cada uno de estos modelos tiene quizá el efecto inintencionado de reinscribir un centro cultural hegemónico, incluso aunque su deseo manifiesto sea el de mundializar los estudios literarios. Examinó por separado los modelos de Casanova y Moretti.

Literatura y poder

Pascale Casanova nos ha mostrado una *république mondiale des lettres*, para ella decididamente una república mercantilista, en la que los mercados de capital cultural planetarios ubicados en París determinan el valor de cambio de los textos. Su modelo tiene gran capacidad explicativa para la Europa de los pasados siglos, y, discutiblemente, para el mundo posterior a 1945 en general, pero ella misma admite que poco puede decir sobre el mundo no europeo antes de 1945. Casanova llega a fechar la entrada del mundo no occidental en la *literatura* (no meramente la «literatura mundial» o la «literatura-mundo») en la era de la descolonización. Su argumento no es quizá tanto que no existiera literatura en idiomas no europeos antes de la descolonización, como que no podía ser reconocida como literatura hasta después de la misma, un argumento que merece la pregunta de ¿reconocida por quién? Casanova trabaja dentro de una definición de literatura muy específica y localizada, que es suficientemente efectiva, quizá, para los periodos, los textos y las lenguas que han supuesto el centro tradicional de los estudios literarios, pero que no pueden explicar toda la gama de producción literaria a lo largo de todas las culturas y de todos los tiempos.

Otro rasgo problemático del trabajo de Casanova es la interpretación que hace de la relación entre los sistemas de poder literarios y los político-económicos. Establece paralelismos entre las desigualdades de lo que denomina «historia nacional» y las desigualdades de los recursos literarios entre naciones, pero los considera unos paralelismos analógicos, no causales³.

³ Pascale Casanova, *La République mondiale des lettres*, París, 1999, pp. 24, 62-63.

Para ella, el mundo literario es un universo alternativo, que funciona bajo leyes diferentes a las del mundo político pero análogas a ellas. La circulación del poder dentro de su república de las letras sigue siendo distinta de la circulación del poder en el mundo en general; la moneda de su república no puede, parece, cambiarse por dólares.

El modelo de Casanova construye un sistema-mundo de circulación y cambio literarios centrado en París, y el acceso de una nación dada a la «literatura» está en función de que París la reconozca como tal. Las formas de circulación literaria anteriores a la cultura literaria francesa, o que existen hoy en día fuera de ella, no tienen verdadera cabida en el sistema-mundo de Casanova. Hay una pronunciada división del trabajo dentro de su sistema, en el que el núcleo (París) desempeña el trabajo de valor añadido de evaluar, establecer precios y admitir en la literatura la producción de textos de la periferia (la mayor parte del resto del mundo, con Londres y Nueva York como componentes del núcleo, ligeramente menos centrales y Alemania, quizá, como lo que Wallerstein habría calificado de semiperiferia). La producción periférica sólo tiene valor una vez reconocida por el centro.

Franco Moretti, que hace un uso explícito del modelo de los sistemas-mundo desarrollado por Immanuel Wallerstein, presenta una visión menos inocente de la relación entre los sistemas literarios y los económicos. Propone una teoría de la novela en la que las culturas periféricas –las situadas fuera del núcleo anglo-francés de producción novelística– no desarrollan la novela como formación indígena, sino como «equilibrio entre la influencia formal occidental (normalmente francesa o inglesa) y los materiales locales»⁴. En la ley de la novela formulada por Moretti parece haber un dilema inherente: cuanto más rigurosamente se define la novela como forma «occidental», menos capacidad explicativa tiene la ley (dado que por definición si se importa una forma occidental a una cultura el resultado será una mezcla de esa forma occidental y materiales locales), mientras que cuanto más incluyente sea la definición de «novela», menos válida será la ley (ya que habrá entonces más «novelas» que no compartan especialmente la forma de la novela occidental)⁵.

⁴ Franco Moretti, «Conjeturas sobre la literatura mundial», *NLR* 1, julio-agosto de 2000, reimpresso en Christopher Prendergast (ed.), *Debating World Literature*, Londres, 2004. Moretti y Prendergast mantienen todavía un vivo intercambio sobre el tema: véase *NLR* 8, 20, 24, 26, 28 34 y 41.

⁵ Jonathan Zwicker usa una metodología que debe mucho a Moretti (incluidos los análisis numéricos de las cantidades de libros publicados cada año en diferentes formas, y la cantidad que se mantiene en particular en las colecciones de las bibliotecas), así como lecturas atentas, para demostrar *inter alia* que la literatura anterior a los Meiji –es decir, anterior a la influencia occidental– siguió teniendo una gran influencia en los lectores y en los escritores japoneses hasta bien entrado el siglo xx. Jonathan Zwicker, *Practices of the Sentimental Imagination. Melodrama, the Novel and the Social Imaginary in Nineteenth-Century Japan*, Cambridge (MA), 2006.

Aunque disiento de los detalles de formulación de la ley, reconozco no obstante la importancia urgente de encuadrar la cuestión del desarrollo de la novela (tal y como la conocemos) fuera de su territorio inicial anglo-francés en términos como los de Moretti⁶. Como en el caso de la *république mondiale* de Casanova, sin embargo, este modelo tiene sus limitaciones cronológicas. El propio Wallerstein insiste en que el sistema mundo es un producto del intercambio colombino y la Revolución industrial, y ha resistido los intentos del fallecido Andre Gunder Frank y otros de aplicar su marco a épocas anteriores⁷. Moretti no comparte en absoluto la timidez de Wallerstein sobre la proyección de su modelo hacia atrás en el tiempo; ha ofrecido, por ejemplo, un análisis que sugiere que el petrarquismo como fenómeno poético obedece a algo parecido a la misma ley que él aplica a la novela moderna⁸.

La distribución axial del trabajo en la teoría de la novela planteada por Moretti está bastante clara: las culturas del centro desarrollan nuevos géneros que exportan a la periferia, y la proyección de esa distribución del trabajo en la de la economía en general es demasiado precisa como para ser accidental⁹. La relación entre la difusión del petrarquismo y los centros de poder económico y político contemporáneos no es en absoluto tan clara como parece, lo cual nos recuerda que para expandir el campo de la investigación de los estudios literarios más allá del Occidente moderno hará falta analizar sistemas de circulación literaria muy distintos de los experimentados por la novela anglo-francesa en el siglo XIX. Mientras que el modelo de Casanova sugiere que los mercados literarios tienen autonomía respecto a la esfera económica y a la política, el de Moretti puede insistir en una equivalencia demasiado fácil entre ambos. Si deseamos que nuestro modelo de literatura mundial se extienda profundamente hacia el pasado, las teorías de Casanova y Moretti, útiles como son en su propio contexto, no bastarán.

⁶ Los cinco volúmenes de *Il romanzo* editados por Moretti entre 2001 y 2003 proporcionan una base indispensable para un trabajo más amplio y cada vez más matizado sobre estos problemas.

⁷ Véase Janet Abu-Lughod respecto a lo que ella denomina un «sistema mundo del siglo XIII» en *Before European Hegemony. The World System AD 1250-1350*, Oxford, 1989. Andre Gunder Frank y Barry Gills intentan extender los comienzos de un sistema mundo a tiempos muy anteriores: Andre Gunder Frank y Barry Gills, *The World System. Five Hundred Years or Five Thousand?*, Londres, 1993; Andre Gunder Frank, *REORIENT. Global Economy in the Asian Age*, Berkeley, 1998.

⁸ Franco Moretti, «Más conjeturas sobre la novela mundial», *NLR* 20, mayo-junio de 2003, pp. 73-74.

⁹ El modelo de «lectura distante» de Moretti, que supone leer estudios *sobre* la novela y no las novelas en sí, parece otra versión de la división axial del trabajo: los especialistas en las literaturas nacionales hacen el trabajo de extracción de recursos que supone la lectura de gran cantidad de textos, mientras que los generalistas añaden plusvalor a este trabajo mediante sus síntesis teóricas.

Seis modos

El modelo de literatura mundial que yo busco se construye como medio para entender y apreciar la multiplicidad de estrategias usadas por las literaturas para relacionarse con su entorno político y económico. Como tal, no debería ni afirmar inocentemente que la literatura está exenta de este orden económico y político más amplio, ni embarcarse en una suposición a priori sobre cómo es ese orden y qué relación mantiene la literatura con él. Reconocerá los múltiples centros y sistemas de poder cultural que funcionan a lo largo de la historia humana, y además afirmará que los conocimientos teóricos profundos pueden y deben proceder del estudio de diversas literaturas, no del estudio de una tradición central o del trabajo de una dedicada clase de teóricos exentos del trabajo cultural de analizar los textos. En resumen, será una teoría de la «literatura mundial» no de la «literatura mundo», centrada en la producción de arte verbal y en la relación de este arte con su entorno como fenómeno genuinamente universal de la cultura humana. Como tales, las literaturas-mundo de Casanova o Moretti emergen, diría yo, como manifestación actual del problema más general de la relación entre la literatura y su entorno¹⁰.

Lo que sigue no es la configuración definitiva de una futura disciplina, sino por el contrario la sugerencia de un principio organizador, junto con un conjunto de seis modos en los que ese principio parece haberse manifestado. Sugiero que la configuración cambiante de la relación entre literaturas y entornos forma el objeto de estudio más útil de una futura «literatura mundial, no literatura-mundo». Ninguno de estos seis modos (epicórico, pancórico, cosmopolita, vernáculo, nacional y planetario) son invención mía; en cada caso me baso en considerables estudios existentes y mi única contribución es la de sugerir que estos seis modos podrían constituir un metasistema de los sistemas literarios¹¹. Presentaré los seis en orden de aparición cronológica, pero no sugiero que constituyan una historia teleológica de la literatura mundial, ni de ninguna literatura. Ninguna literatura o lengua ha atravesado por sí sola los seis modos, y en periodos pasados han coexistido varios de ellos. Y ésta tampoco es una lista exhaustiva; basándose en los estudios sobre literaturas individuales, la lista puede y debería ampliarse o alterarse a la luz de nuevos encuentros literarios. A continuación esbozo brevemente los rasgos de cada modo, y sugiero ejemplos de textos o literaturas que entran en sus epígrafes.

¹⁰ Para este alejamiento de las metáforas económicas y la adopción de la ecología me inspiro en el análisis que Niklas Luhmann hace del «entorno» como aquel que radica fuera de un subsistema social determinado. La noción de la literatura como un subsistema, que reconoce las distinciones dentro de su entorno pero sólo está selectivamente interrelacionada con él, es un útil refinamiento de los análisis sobre el sistema literario y el económico encontrados, por ejemplo, en Casanova. Niklas Luhmann, *Ecological Communication*, Chicago, 1989, pp. 15-21.

¹¹ Considero, en otras palabras, que los especialistas en griego y sánscrito no proporcionan, meramente, los datos en bruto que las teorías de la literatura pueden intentar explicar, sino las propias estructuras teóricas que esas teorías intentan desarrollar.

El *epicórico* es un modo de producción literaria en el que la literatura se produce dentro de los confines de una comunidad local. Representa el grado cero de la circulación literaria, dado que la literatura epicórica propiamente dicha no circula fuera de la comunidad en la que se produce. Tomo el concepto de literatura epicórica del trabajo de Gregory Nagy sobre la poesía arcaica griega. Nagy introduce el término epicórico, en oposición al panhelénico, en el contexto del mito, e identifica lo epicórico como aquello que se produce en un contexto local y cuyo significado depende de ese contexto: cultos a héroes locales, versiones de mitos y canciones que no viajan bien. En la medida en que se asocia con unidades políticas pequeñas, que pueden o no compartir un idioma con sus vecinos, lo epicórico bien puede tener una dimensión política al establecer y delimitar esa unidad política o como forma de resistencia a una esfera cultural y política más amplia¹². Me gustaría sugerir la aplicabilidad potencial del concepto de lo epicórico a contextos distintos de la Grecia arcaica: el *Canon de poesía* chino, por ejemplo, incluye una recopilación de *Aires* que representan epicóricamente las diversas provincias en las que se dividía la China de la dinastía Zhou, y el concepto puede ayudar a entender, entre otras cosas, la poesía preislámica árabe, la tradición épica oral sureslávia estudiada por Milman Parry y Albert Lord, o las prácticas culturales de muchos de los primeros países de América¹³.

Los vestigios de las literaturas epicóricas son en general difíciles de distinguir, en especial en los archivos escritos de tiempos pasados. Por el contrario, lo que encontramos más a menudo son las refracciones epicóricas de lo que yo denomino textos *pancóricos*, así como enfoques epicóricos en la lectura y la interpretación de dichos textos. Extrapolo el término «pancórico» de «panhelénico», y lo uso para hacer referencia a textos y sistemas de circulación literarios que operan en toda una gama de comunidades epicóricas, unidas en cierta medida por la lengua y la cultura, pero en general políticamente fragmentadas. Textos pancóricos como la épica homérica y el *Canon de poesía* chino se representan a menudo como una forma de negociar las tensiones epicóricas. Más a modo de conjetura, yo sugeriría que la épica sánscrita, compuesta similarmente en un mundo culturalmente unificado pero políticamente fragmentado, contiene igualmente elementos de lo pancórico. Los impulsos epicóricos y los pancóricos se encuentran quizá con más frecuencia en interacción mutua,

¹² Gregory Nagy señala que la lírica griega arcaica es de hecho por lo general una tensión dinámica entre lo epicórico y lo que yo denomino pancórico. Gregory Nagy, *Pindar's Homer. The Lyric Possession of an Epic Past*, Baltimore, 1990, pp. 66-67.

¹³ Milman Parry, *The Making of Homeric Verse*, Oxford, 1971; Albert Bates Lord, *The Singer of Tales*, Cambridge (MA) 1960. El atractivo de las historias orales de las naciones *gitxsan* y *wet-suwet* en el establecimiento del título territorial aborigen en *Delgamuukw v. British Columbia* ofrece un ejemplo contemporáneo del uso de la tradición literaria epicórica para definir a las comunidades y sus territorios. Richard Daly, *Our Box Was Full. An Ethnography for the Delgamuukw Plaintiffs*, Vancouver, 2005, proporciona una excelente introducción a estos temas por parte de un antropólogo interesado por el caso.

y la oposición entre ellos es con frecuencia productiva. La gran épica panhelénica, la *Iliada*, con su famoso Catálogo de Naves, y la *Odisea*, con su viaje que abarcaba todo el mundo, proyectan en sus narraciones la asimilación de las tradiciones epicóricas a los programas culturales pancóricos.

Mi noción de lo pancórico tiene ciertas afinidades con el «minisistema» de Wallerstein, que yo considero un análogo al sistema-mundo en menor escala. Representan los primeros contextos históricos en los que circulan las literaturas, y acaban siendo conscientes de que dicha circulación es un problema. Es decir, las literaturas pancóricas deben adaptarse a diferentes nichos políticos, y la atención a los orígenes de los textos adquiere especial importancia en este modo. Lo pancórico y lo epicórico existen principalmente en oposición mutua, y lo pancórico, en particular, se representa con frecuencia como una especie de negación de lo epicórico¹⁴.

El ejemplo sánscrito

El término *cosmopolita*, derivado de la filosofía estoica, ha prestado un servicio activo en años recientes a una serie de debates sobre el mundo contemporáneo¹⁵. Mi propio uso del término, sin embargo, deriva por el contrario de la obra del sanscritista Sheldon Pollock. Pollock ha escrito de manera interesante sobre la poesía de inscripciones en sánscrito, desde el actual Pakistán a Java, en los años 300-1300 d. C. En las regiones que Pollock analiza (que él denomina «la cosmópolis sánscrita»), las inscripciones en sánscrito se dan junto a inscripciones en lenguas vernáculas –prakrits, kannada, tamil, jemer, y javanés antiguo– durante buena parte del periodo, pero con la importante distinción de que las lenguas vernáculas se usan para «documentar» el mundo, mientras que el sánscrito se usa para «interpretar» el mundo¹⁶. En otras palabras, asuntos prácticos como la concesión de tierras y privilegios se dan en lengua vernácula; la autorrepresentación idealizada y estetizada del orden dominante se da en sánscrito. En contraste con los modelos de difusión cultural contemporáneos, la expansión del sánscrito por el sur y el sureste de Asia se

¹⁴ Aunque también puede decirse lo contrario. Sobre el uso de la *Palinodia* de Estesícoro –un rechazo del mito panhelénico del secuestro de Helena de Troya– en la *Fedra* de Platón, como medio para situar la propia obra de Sócrates en oposición a la retórica (que Platón hace a Sócrates alinear con la épica y lo panhelénico), véase Alexander Beecroft, «“This is not a true story”: Stesichorus’s *Palinode* and the Revenge of the Epichoric», *Transactions of the American Philological Association* CXXXVI, 2006, pp. 47-69.

¹⁵ La bibliografía básica a este respecto incluiría: Pheng Cheah y Bruce Robbins (eds.), *Cosmopolitics. Thinking and Feeling beyond the Nation*, Minneapolis, 1998; Carol Breckenridge et al., *Cosmopolitanism*, Durham (Carolina del Norte), 2002; Gillian Brock y Harry Brighouse (eds.), *The Political Philosophy of Cosmopolitanism*, Cambridge, 2005; y Kwame Appiah, *Cosmopolitanism. Ethics in a World of Strangers*, Nueva York, 2006.

¹⁶ Sheldon Pollock, «The Sanskrit Cosmopolis, 300-1300: Transculturation, Vernacularization and the Question of Ideology», en Jan Houben (ed.), *Ideology and Status of Sanskrit. Contributions to the History of the Sanskrit Language*, Leiden, 1996, p. 219.

da sin conquista militar ni colonización a gran escala. Parece ser un acto libre y voluntario por parte de docenas de unidades políticas.

Pollock no sólo proporciona uno de los más atractivos ejemplos de incongruencia entre el poder cultural y político en el mundo premoderno, sino que de manera incluso más importante determina explícitamente que esta incongruencia es digna de estudio; un interés que debería, opino, reflejarse más ampliamente en los estudios premodernos. De hecho, el sánscrito no es en absoluto la única lengua cosmopolita cuya categoría cultural no coincide exactamente con la política y la económica. El prestigio del acadio y el griego como lenguas literarias en el Mediterráneo oriental supera durante tanto tiempo a las conquistas de Sargón y Alejandro que debilita la función de la hegemonía política para establecer ese prestigio, mientras que el prestigio duradero y complejo de la literatura china en Japón, Corea y Vietnam, como la de la literatura persa en las cortes mogola y otomana, difícilmente puede explicarse sólo por la conquista, la colonización o el comercio. De igual modo, el prestigio cultural del latín en la Edad Media europea poco tiene que ver con el poder imperial. Las lenguas literarias cosmopolitas, por lo tanto, pueden a veces seguir la estela de un imperio-mundo como los analizados por Wallerstein, pero no es posible abreviar ambos en un solo fenómeno.

La circulación de la literatura dentro de un sistema literario cosmopolita es distinta de la que se encuentra en el sistema pancórico, en parte porque las lenguas literarias cosmopolitas pueden ser usadas por grupos que hablan una variedad de lenguas maternas y en parte porque las literaturas cosmopolitas tienden a representarse a sí mismas como agentes de una ideología de dominio universal, independientemente de que dicha ideología se practique o sea practicable. Al teorizar sobre la constitución del Estado ideal, por ejemplo, yo considero que Platón está asumiendo un gesto incipientemente cosmopolita, mientras que la apropiación que el Nuevo Testamento hace de la Biblia hebrea, reinterpretando lo que yo caracterizaría como la naturaleza «pancórica» de las tribus de ésta como las «naciones» del mundo, tiene innegablemente ambiciones cosmopolitas. Mientras que una lengua literaria pancórica permite a la literatura circular entre un conjunto de entidades políticas que comparten una lengua nativa (pero probablemente no un régimen político), una lengua literaria cosmopolita crea un sistema intercultural, en el que los hablantes de muchas lenguas comparten un idioma literario común. Esta lengua puede ser la expresión cultural de un imperio-mundo, o una reminiscencia nostálgica de un antiguo imperio, o puede constituir un imperio-mundo cultural sin ramificaciones políticas. Pueden estar presentes relaciones centro-periferia (como en el caso chino: las poesías chino-japonesa y chino-coreana no circulan en la propia China), o el sistema puede ser más policéntrico (como en el caso del griego en el periodo helenístico y en el imperial, o del latín en la Edad Media). Con independencia de cómo se configuren, las lenguas literarias cosmopolitas aspiran a tener alcance universal.

Vernácula frente a nacional

Aunque en ciertos sentidos las lenguas *vernáculos* se parecen a las lenguas pancóricas, al ser usadas para fines literarios en territorios comparativamente amplios que comparten unidad lingüística pero no necesariamente política, la distinción se da en el tipo de diferencia cultural que necesitan superar. Mientras que las literaturas pancóricas evolucionan en relación con las tradiciones epicóricas, las lenguas vernáculos reaccionan contra la hegemonía de una lengua literaria cosmopolita. Al igual que las literaturas cosmopolitas no dependen del apoyo de una infraestructura política, tampoco las literaturas vernáculos necesitan reflejar una declaración de independencia política del imperio. De hecho, como en el caso de la aparición de la literatura anglosajona y en otras lenguas vernáculos europeas, la lengua cosmopolita en uso puede haber perdido hace mucho tiempo sus apoyos políticos y económicos. La declaración programática de una nueva literatura vernáculos es no obstante, con frecuencia, un gesto político y politizado (en especial si implica opciones entre una variedad de dialectos), como en el caso de *De Vulgari Eloquentia* de Dante o el movimiento del Cuatro de Mayo en China. Alternativamente, las lenguas literarias pueden preferir conservar su categoría cosmopolita, en lugar de someterse a un criterio vernáculos, como se ha dado en general en el árabe. Las lenguas vernáculos no necesitan coincidir con el mundo político; al delimitar la gama de dialectos que considera «italianos», Dante esboza prácticamente las fronteras de la Italia moderna, pero su proyecto de construcción de nación (si podemos llamarlo así) tardará siglos en realizarse. Además, las literaturas vernáculos pueden circular más allá de las fronteras culturales y políticas, como sucesivamente hicieron el occitano, el italiano de Dante, el francés de du Bellay en la Europa medieval y de comienzos de la Edad Moderna.

El trabajo de Sheldon Pollock sobre lo vernáculos nos recuerda el desarrollo casi simultáneo de las lenguas vernáculos en el sur de India y en Europa occidental, empezando por el inglés antiguo y el kannada en el siglo VIII d.C. y expandiéndose por los ecúmenos latino y sánscrito en los siete u ocho siglos siguientes¹⁷. Pollock esboza estos dos fenómenos, el ascenso de un idioma cosmopolita en un milenio, seguido del ascenso de las lenguas vernáculos en el siguiente, principalmente para sugerir que ambos, y la vernacularización en particular, tienen historias todavía por

¹⁷ Sheldon Pollock, «Cosmopolitan and Vernacular in History», en C. Breckenridge *et al*, *Cosmopolitanism*, cit. Como el propio Pollock señala, el tamil ocupa una posición un tanto problemática en este esquema: «The Cosmopolitan Vernacular», *Journal of Asian Studies* LVII, 1, 1998, p. 20, n. 14. Si se acepta la datación tradicional (debatida) de la primera literatura de Sangam en los primeros siglos de la era común, el tamil se convierte en una intrusión vernáculos negativa en el milenio cosmopolita. El argumento no necesita ser el de aceptar dogmáticamente el modelo de Pollock, algo que la naturaleza de este artículo difícilmente permitiría en ningún caso. Por el contrario, el valor de este ejercicio radica en detectar una similitud tipológica, que puede informar el estudio de una variedad de contextos literarios.

escribir. Aparte de las cuestiones históricas, las ideas sobre literaturas cosmopolitas y vernáculas desarrolladas por Pollock ofrecen un marco útil para entender la estructura de una amplia variedad de sistemas literarios, pasados y presentes, que funcionan de modos análogos a los descritos por Moretti y Casanova pero no encajan en sus parámetros específicos¹⁸. Como ilustran el ejemplo surasiático y el europeo, las lenguas literarias vernáculas tienden a operar dentro de sistemas, incorporando una o varias lenguas cosmopolitas y una gama de rivales vernáculos. La presencia continuada de lenguas cosmopolitas en muchos contextos vernáculos añade complejidad a las relaciones entre literaturas vernáculas, y complica el cuadro de rivalidad literaria imaginado, por ejemplo, por Casanova.

En el ámbito de las literaturas *nacionales* entramos más explícitamente en territorio de Moretti y Casanova. El límite entre una literatura vernácula y una literatura nacional es necesariamente vago, pero sugeriré provisionalmente que el momento de transición se da cuando la historia de una literatura dada, y sus prácticas contemporáneas, se proyectan en la historia y en el carácter contemporáneo de un Estado político determinado. Como tales, las literaturas nacionales son, diría yo, producto en parte de los nacionalismos del siglo XIX, aunque ciertamente con raíces anteriores en algunos casos. El fenómeno que Casanova denomina *«l'effet Herder»*, el desarrollo de una literatura a partir de una mezcla de tradiciones populares y nacionalismo, es otra versión de este modo. Yo sugeriría también que la historia de la novela fuera de sus zonas de origen, esbozada por Moretti, constituye en cierta medida la construcción de literaturas específicamente *nacionales*, en especial en culturas no occidentales, es decir, la absorción a mayor escala de las ideas europeas de nación y de la cultura nacional refleja en cierta medida la absorción de la forma literaria europea de la novela. Allí donde emerge, una literatura nacional se representa a sí misma como manifestación de la dimensión política y/o cultural de un Estado-nación. Dichas literaturas se caracterizan por su marginación de las literaturas dialectales y de lenguas minoritarias, y la construcción de explicaciones de la historia literaria que priman lo autóctono sobre lo cosmopolita (es decir, la historia de que la literatura inglesa comienza a partir de *Beowulf*, o la literatura bengalí a partir del *Charyapada*)¹⁹. En otras palabras, representan una proyección de los objetivos políticos nacionales en el sistema literario y, a pesar de las dificultades obvias que surgen de la no coincidencia de las fronteras lingüísticas y políticas, este modelo nacional conserva considerable fuerza, incluso hoy, en los estudios literarios.

¹⁸ En efecto, Casanova toma el momento vernáculo como el nacimiento de su narrativa. Prendergast lo encuentra en fases análogas a lo vernáculo, lo nacional y lo planetario, aunque yo preferiría resaltar su categoría de sistema de sistemas sincrónico y no como proceso evolutivo.

¹⁹ De manera asombrosa, ambos textos, recuperados respectivamente a comienzos del siglo XIX y del XX, se han desplegado como los orígenes autóctonos de literaturas múltiples: inglesa y (erróneamente) danesa en el caso de *Beowulf*; y bengalí, assamesa y oriya en el del *Charyapada*.

Regional y planetaria

El modelo de literatura nacional es ahora claramente inadecuado tanto porque una serie de lenguas y sus literaturas trascienden las fronteras nacionales, como porque la pérdida de importancia del Estado-nación provocada por el capitalismo planetario contemporáneo altera la circulación literaria. Como tal, podemos empezar por imaginar qué podría razonablemente denominarse literatura *planetaria*. Esta categoría, todavía más hipotética que real, consta de literaturas cuyo alcance lingüístico trasciende las fronteras nacionales, incluso continentales. En ciertos sentidos, una literatura planetaria se parece a una literatura cosmopolita, excepto que (al menos en este momento) las literaturas planetarias siguen representándose como sistemas de literaturas nacionales en una medida en la que no se presentan las literaturas cosmopolitas. Son, en ese sentido, más internacionales que extranacionales. El concepto de literatura, o arte verbal, «planetaria», tal y como existe ahora, en una época de proliferación de medios de comunicación, suscita también la cuestión de con qué amplitud debe definirse la «literatura». Una definición centrada en aquellos textos que reciben la aprobación crítica en Occidente generará un modelo de literatura planetaria muy parecido al descrito por Casanova o Moretti; mientras que una que abarque todo el arte verbal, tanto popular como «literario», e incluido el cinematográfico, reconocerá la centralidad de localizaciones por lo demás periféricas como Bombay o Hong Kong. No me parece necesario (ni puedo) trazar límites firmes en torno a las categorías del arte verbal en este contexto; de hecho, uno de los aspectos más interesantes de una literatura planetaria es la medida en la que se presta al *bricolage*, con textos que cumplen diferentes fines en distintos sistemas de circulación.

En el caso de las literaturas planetarias, los legados de los imperios del siglo XIX y del capitalismo planetario contemporáneo ejercen considerable poder. El ejemplo más claro de literatura planetaria es la inglesa, con su desarrollada infraestructura teórica de estudios e instituciones poscoloniales como el Booker Prize que trabajan para construir la idea de que la producción y el consumo literarios en inglés son en principio universales (incluso a pesar de que, como el comercio de mercancías contemporáneo, las fronteras nacionales y los obstáculos invisibles vacíen de contenido la reivindicación de universalidad y de igualdad de acceso). La representación institucional del sistema literario planetario inglés sigue variando enormemente de país a país; dentro de Estados Unidos, la división tripartita en literatura británica, estadounidense y «poscolonial» es muy común, mientras que en Canadá, por ejemplo, la norma es una estructura cuatripartita, que incluye Canadá como cuarto término. Las literaturas poscoloniales están en cierta medida representadas como sistema específico, y en cierta medida como serie de literaturas nacionales o regionales; es decir, un autor nigeriano que escribe en inglés podría, desde diferentes ángulos, participar en un sistema literario nigeriano y también en un circuito poscolonial de literatura planetaria en inglés.

La literatura en francés es una innegable candidata a similar categoría, como se refleja en el reciente manifiesto literario *Pour une littérature-monde*, cuyo título ilustra la clara influencia de Braudel²⁰. La relación entre la posición de estas dos literaturas y los sistemas políticos y económicos contemporáneos es obvia, y se refleja en el especial interés que ambas suscitan en Moretti y Casanova. Hay pocos idiomas que pudieran rivalizar con el inglés y el francés en la categoría de literatura planetaria, dado el poder político y económico, el peso demográfico y la amplitud geográfica que alcanzan; sin embargo, cada uno de sus principales rivales (chino, español, hindi, árabe, ruso) participa en cierta circulación planetaria, al igual que otras cuantas literaturas en circunstancias más limitadas. Esa realidad no es señal de fracaso o derrota (como se podría decir que sugiere el modelo de Casanova); el éxito nacional, vernáculo y cosmopolita de éstas y de otras lenguas puede servir para garantizar el mantenimiento de su vitalidad literaria, y para merecer una atención creciente a su función en el actual sistema literario mundial²¹.

Esta revisión de los diversos modos de funcionar de los sistemas literarios ha sido por necesidad generalizador y esquemático, y presenta problemas tan graves como los que intenta resolver. La posición del español o del árabe en el mundo moderno es un ejemplo obvio; la circulación internacional, pero en su mayor parte geográficamente limitada, del primero, podría denominarse mejor «regional» que planetaria, mientras que el segundo, con su conservación del lenguaje clásico escrito vinculado a una religión universalista, es en muchos casos un lenguaje cosmopolita en una época planetaria. No pretendo, sin embargo, que éste sea un análisis exhaustivo, ni pretendo que proporcione una explicación continua y adecuada de la historia literaria mundial. Por el contrario, espero haber establecido al menos que la cuestión de la estructura y la función de los sistemas literarios en diferentes entornos es un problema digno de estudio, y que deben de existir entre estos sistemas paralelos tipológicos cuyo examen podría producir resultados útiles para los especialistas en una variedad de literaturas.

Más que una división del trabajo en la que los especialistas en literatura nacional producen datos en bruto para que los especialistas en literatura-mundo los procesen, propongo compartir el trabajo de modo que, pongamos, los especialistas en literatura persa encuentran útiles conocimientos teóricos y prácticos en el trabajo de chinólogos, o los anglosajonistas en el trabajo de especialistas en el kannada antiguo. Este compartir el trabajo ofrece, creo, la posibilidad de una literatura mundial, no una literatura-mundo, como campo de estudio coherente; no tomando como objeto un sistema de literatura-mundo que coincida aproximadamente con el sistema-mundo de Wallerstein, sino por el contrario, y sencillamente, la literatura –la producción artística verbal– del mundo.

²⁰ Jean Rouaud y Michel Le Bris (eds.), *Pour une littérature-monde*, París, 2007.

²¹ Un ejemplo productivo es la colección de ensayos editados por Françoise Lionnet y Shumei Shih, que explora en parte las conexiones entre los respectivos intereses francófonos y chinófonos de los dos editores: *Minor Transnationalisms*, Durham (CN), 2005.